

CAPÍTULO XIII

VIDA DESPUES DE LA MUERTE: PRINCIPIOS

Nunca se insistirá bastante en el hecho de que no ocurre cambio repentino alguno en el hombre al morir; por el contrario, se mantiene, después de la muerte, exactamente como era antes, excepto que ya no posee un cuerpo físico. Posee la misma inteligencia, la misma disposición, las mismas virtudes y los mismos vicios. La pérdida del cuerpo físico no lo convierte en un hombre distinto, como tampoco cambia al quitarse el sobretodo. Además, las condiciones en que se encuentra son las que él mismo ha creado con sus pensamientos y deseos. No hay ni recompensa ni castigo de afuera, sino las consecuencias de lo que haya hecho, dicho y pensado, mientras vivía en el mundo físico.

A medida que avancemos en nuestra descripción de la vida astral después de la muerte, se observará que los hechos verdaderos corresponden con gran exactitud al concepto católico sobre Purgatorio y al del Averno de los griegos.

La idea poética de la muerte como nivelador universal es un mero absurdo, hijo de la ignorancia; puesto que, en realidad, en la inmensa mayoría de los casos, la pérdida del cuerpo físico no cambia absolutamente el carácter ni la inteligencia de la persona; por consiguiente, hay tanta variedad en grados de inteligencia entre los llamados muertos como entre los vivos.

El hecho más destacado, y que se ha de tener en cuenta en primer lugar, es que, después de la muerte, no se encuentra uno con una vida nueva y diferente, sino con la continuación, bajo ciertas condiciones cambiadas, de la vida en el plano físico. Tanto es así que, al llegar el hombre al plano astral, después de la muerte física, no siempre tiene la impresión de haber muerto, y aunque se dé cuenta de lo ocurrido, no comprende, de momento, en qué se diferencia el mundo astral del físico. En algunos casos, la persona cree que el hecho mismo de estar todavía consciente, es prueba absoluta de que no ha muerto. Esto a pesar de la muy alardeada creencia en la inmortalidad del alma. Si una persona nunca ha oído hablar de la vida en el plano astral, es muy posible que se sienta más o menos perturbada por las condiciones totalmente inesperadas en que se encuentra. Finalmente, acepta tales condiciones, aunque no las comprenda, creyendo que son necesarias e inevitables.

Al contemplar los mundos nuevos, a primera vista, es probable que note muy poca diferencia, y supondrá que está contemplando el mismo mundo de antes. Como hemos visto, cada grado de materia astral es atraído por el grado correspondiente de materia física. Por consiguiente, si nos imaginamos que el mundo físico desaparece de la existencia, sin que ocurra otro cambio, tendremos todavía una réplica exacta del mismo en materia astral. En consecuencia, el hombre continuará viendo en el plano astral las paredes, los muebles, las personas, etc., a los cuales está acostumbrado, delineadas como siempre en la materia astral más densa. No obstante, si examina tales objetos de cerca percibirá que todas las partículas están visiblemente en rápido movimiento, en vez de ser invisibles como en el plano físico. Pero como son pocos los que observan el fenómeno de cerca, el hombre al morir rara vez se da cuenta, al principio, que haya ocurrido cambio alguno. Muchos, especialmente en los países occidentales, encuentran dificultad en creer que han muerto; simplemente porque todavía ven, oyen, sienten y piensan. El convencimiento de lo ocurrido les llegará probablemente, poco a poco, a medida que se den cuenta de que, no obstante ver a sus amigos, no siempre se pueden comunicar con ellos. A veces, les hablan, pero ellos parecen no oír; tratan de tocarlos y notan que no pueden hacer impresión alguna sobre ellos. Aun así, por algún tiempo,

creen estar soñando, porque, a veces, cuando sus amigos duermen son perfectamente conscientes y les hablan como antes.

El hombre en el plano astral va dándose cuenta por grados de las diferencias entre la vida en dicho plano y la que vivió en el mundo físico. Por ejemplo, muy pronto se encuentra con que todo dolor y fatiga han desaparecido para él. Observa también que en el mundo astral los deseos y los pensamientos se expresan en formas visibles, aunque éstas están compuestas, principalmente, de la materia más sutil del plano. A medida que la vida continúa, tales condiciones se hacen más y más patentes.

Además, aunque la persona en el plano astral no puede, corrientemente, ver el cuerpo físico de sus amigos, puede, sin embargo, ver, y ve efectivamente, los cuerpos astrales; en consecuencia, conoce los sentimientos y emociones de aquéllos.

Puede no ser capaz de observar, en detalle, las ocurrencias de la vida física de sus amigos, pero será consciente instantáneamente de sentimientos tales como amor, odio, celos o envidia, por cuanto éstos se expresan por medio de los cuerpos astrales; de manera que, a pesar de suponer los que viven que han perdido al muerto, éste nunca, ni por un momento, tiene la impresión de haber perdido a los que viven. En efecto, la persona en su cuerpo astral, después de la muerte, siente la influencia de los sentimientos de sus amigos, residentes en el mundo físico, más fácil y profundamente que cuando estaba en la tierra, por cuanto no tiene cuerpo físico que amortigüe sus percepciones. El hombre en el plano astral no ve, usualmente, la entera contraparte astral de un objeto, sino sólo la porción del mismo correspondiente al subplano particular en que se encuentra de momento. Además, no siempre reconoce con certeza la contraparte astral de un cuerpo físico, aun cuando lo vea. Ordinariamente, se necesita experiencia considerable para poder identificar claramente los objetos; cualquier intento que haga para ello dará un resultado vago e incierto. Ejemplos de esto se ven, con frecuencia, en casas visitadas por aparecidos, en donde ocurren torpes o vagos movimientos, como tirar piedras o cosas por el estilo.

Con frecuencia, se encuentran personas que, no comprendiendo que no tienen necesidad de trabajar para vivir, ni comer, ni dormir después de la muerte, continúan preparando y consumiendo alimentos, creados enteramente por su imaginación, y hasta se construyen una casa para vivir. Se conoce el caso de un hombre que se construyó una casa piedra por piedra, cada una de éstas creada separadamente con su pensamiento.

Pudo, naturalmente, haber creado, con el mismo esfuerzo, la casa de un golpe. Por fin, se le hizo ver que, como las piedras no tenían peso, las condiciones eran diferentes a las de la vida física; de esta manera se le indujo a hacer nuevas investigaciones.

Similarmente una persona no acostumbrada a las condiciones de la vida astral, continuará entrando y saliendo de una habitación por la puerta o por la ventana, sin darse cuenta de que puede pasar a través de la pared, con la misma facilidad.

Por la misma razón caminará sobre la tierra cuando podría igualmente flotar y viajar por el aire.

La persona que, durante la vida en la tierra, se ha familiarizado, ya sea por la lectura o de otra manera, con las condiciones de la vida astral, se encuentra naturalmente después de la muerte en terreno más o menos familiar; en consecuencia, sabrá lo que debe hacer. La experiencia ha demostrado que la apreciación inteligente de la enseñanza ocultista sobre esta cuestión es de enormes ventajas para el hombre después de la muerte. No menos ventajoso es que la persona esté enterada de las condiciones de la vida astral, aunque la haya considerado simplemente como una de tantas hipótesis y no la haya profundizado. En cuanto a los que no posean tal conocimiento del mundo astral, lo mejor que pueden hacer es analizar su posición, tratar de ver la naturaleza de la vida en que se encuentran y ver la manera de sacar el mejor partido de la situación.

Además, harán bien en consultar a algún amigo experimentado.

Las condiciones de la vida mencionadas arriba constituyen el llamado Kamaloka, cuyo significado literal es, lugar o mundo de Kama o deseo, equivalente al Limbo de la Teología escolástica. En términos generales, Kamaloka es una región poblada por entidades inteligentes o semi-inteligentes. Se encuentran en tal región muchos tipos y formas de cosas vivientes, tan diferentes unas de otras como la hoja de césped se diferencia de un tigre, o un tigre se diferencia del hombre, puesto que hay allí muchas otras entidades, además de los seres humanos muertos. (Véase Capítulos XIX y XX). El astral interpreta al mundo físico y es interpretado por éste; pero, como los estados de materia de ambos mundos difieren, coexisten sin que las entidades de uno sean conscientes de las del otro. Sólo bajo circunstancias anormales pueden tener conciencia de tal existencia.

Por tanto Kamaloka no es, precisamente, una localidad distinta, sino que está separado del resto del plano astral por los estados de conciencia de las entidades que pertenecen al mismo, las cuales son seres humanos que se han desprendido de su cuerpo físico y etérico, pero que todavía no se han podido desprender de Kama, o sea, de su naturaleza pasional y emocional. Se llama también a este estado Pretaloka; Preta significa un ser humano que ha perdido su cuerpo físico, pero que todavía está entorpecido por la envoltura de su naturaleza animal.

La condición Kamaloka se encuentra en cada subdivisión del plano astral.

Muchos, al morir, se encuentran en una condición de inquietud considerable, y otros de positivo terror. Al encontrarse con las formas mentales que ellos mismos y sus semejantes han mantenido durante siglos, tales como los demonios, una deidad cruel y airada, el castigo eterno y otras por el estilo, quedan reducidos a una dolorosa condición de temor, que les causa agudo sufrimiento mental, por largo tiempo, antes de verse libres de la fatal influencia de conceptos tan absolutamente falsos y sin sentido.

Sin embargo, se ha de hacer constar, con toda sinceridad, que únicamente entre las llamadas comunidades protestantes esta terrible condición asume la forma más grave. La gran Iglesia Católica Romana, con su doctrina del Purgatorio, se acerca mucho más al verdadero concepto del plano astral. Los miembros devotos de la misma se dan cuenta de que el estado en que se encuentran poco después de la muerte es sólo transitorio, y que deben procurar, mediante intensa aspiración espiritual, salir de él cuanto antes; aceptan también el sufrimiento como necesario para corregir las imperfecciones de su carácter, antes de pasar a esferas más elevadas y resplandecientes.

Vemos, pues, que aunque las religiones debieran enseñar a los hombres lo que les espera, y cómo vivir en el plano astral, la mayoría de ellas no lo hacen. En consecuencia, el hombre al llegar al mundo astral, necesita muchas explicaciones con respecto al nuevo mundo en que se encuentra. Felizmente, después de la muerte lo mismo que antes de ella, hay unos pocos que alcanzan una comprensión inteligente del hecho de la evolución; gracias a esta comprensión se dan cuenta de su situación y saben lo que pueden hacer. En la actualidad, un gran número de esas personas, tantos "vivas" como "muertas", se dedican a ayudar a quienes han muerto ignorantes de la naturaleza real de la vida después de la muerte. (Véase Capítulo XXVIII sobre Auxiliares Invisibles). Desgraciadamente, sin embargo, en el plano astral, lo mismo que en el físico, los ignorantes rara vez están dispuestos a aprovechar el consejo o el ejemplo de los más inteligentes.

Para el hombre que antes de morir físicamente se ha familiarizado con las verdaderas condiciones de vida en el plano astral, una de las características más placenteras de tal vida es la tranquilidad, y verse libre de necesidades imperiosas, como comer y beber,

imprescindibles en la vida física. En el plano astral la persona es realmente libre; libre de hacer cuanto guste y emplear su tiempo como le plazca.

Como se ha indicado antes, el hombre muerto físicamente se recoge cada vez más en sí mismo. El entero ciclo de vida y muerte se puede asemejar a una elipse; de la cual únicamente la porción más baja llega al mundo físico. Durante la primera porción del ciclo, el Ego se reviste de materia; el punto central de la curva lo constituye el grado medio de la vida física, en que la fuerza del Ego se ha expandido al máximo y se inicia el largo proceso de recogimiento.

Cada encarnación física puede considerarse como la proyección de una porción del Ego (cuya morada habitual es la superior del plano mental) en los planos inferiores; proyección que luego recoge con las experiencias adquiridas y con nuevas cualidades desarrolladas.

La porción de vida pasada después de la muerte en el plano astral es, de consiguiente, un período de retiro o de recogimiento del Ego en sí mismo. Durante la última parte de la vida física los pensamientos y el interés del hombre debieran estar cada vez menos ocupados en cuestiones materiales. Similarmente, durante la vida astral, el hombre debiera prestar menos atención a la materia astral inferior, de la cual se componen las contrapartes de los objetos físicos, y ocuparse, en cambio, de la materia superior de la cual están compuestas las formas del deseo y del pensamiento.

No es que al morir físicamente, el hombre cambie su posición en el espacio (aunque ello es, en parte, verdad según se verá en el Capítulo XIV), sino que cambia el centro de su interés. De consiguiente, la contraparte del mundo físico, que ha abandonado, desaparece gradualmente de su vista, y vive más y más en el mundo del pensamiento. Sus deseos y emociones persisten todavía; en consecuencia, dada la facilidad con que la materia astral obedece a los deseos y pensamientos, las formas que le rodean son, en gran parte, la expresión de sus propios sentimientos, la naturaleza de los cuales determina en gran parte si la vida allí será de felicidad o de desdicha.

Aunque en esta obra no hemos de tratar de la porción de vida, después de la muerte, que se pasa en el "mundo celestial", o sea, en el plano mental, hemos de observar que si queremos comprender plenamente lo que ocurre al cuerpo astral en el plano astral, hemos de tener en cuenta que la vida en este plano es, en gran parte, una etapa intermedia en el ciclo completo de la vida y muerte; una preparación para la vida en el plano mental.

Como hemos visto, poco después de la muerte física, el cuerpo astral queda en libertad; desde el punto de vista de la conciencia, se dice que Kama-Manas queda en libertad. Desde este momento, la porción de Manas inferior, que no esté inextricablemente ligada a Kama, se libera gradualmente, llevando consigo las experiencias que pueden ser asimiladas por el cuerpo mental superior.

Mientras tanto, la porción de Manas inferior, que se mantiene todavía ligada a Kama, da al cuerpo astral una conciencia algo confusa, una memoria fragmentaria de las ocurrencias de la vida que se acaba de cerrar. Si las emociones y pasiones fueron fuertes y el elemento mental débil, el cuerpo astral quedará dotado de energía que le permitirá persistir durante largo tiempo en el plano astral. Manifestará, además, conciencia considerable, gracias a la materia mental adherida al mismo. Por otra parte, si la vida terrena ha estado caracterizada por la mentalidad y la pureza, más que por la pasión, el cuerpo astral será débil, una mera y pálida semblanza del hombre, que se desintegrará y perecerá relativamente pronto.